

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 13 DE AGOSTO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Posible rumbo del hispano-americanismo

TODO movimiento de aproximación entre naciones es una obra de cultura. Ello es tan cierto que las dos grandes invenciones del espíritu humano, el fuego y la rueda, no superadas todavía, a pesar de los adelantos de la técnica, sirvieron originariamente para agrupar a los hombres alrededor de un hogar y para suprimir las distancias entre un pueblo y otro. Desde entonces el fuego y la rueda han continuado esa obra de aproximación. El hombre moderno, aplicando el vapor a la navegación y al transporte de vehículos sobre carriles de acero, ha continuado la obra de civilización iniciada por el hombre primitivo con aquellos famosos descubrimientos. Y avanzando un punto, ha conquistado el aire y suprimido las distancias en beneficio de la aproximación de los pueblos unos a otros. Parece que, en definitiva, el curso de la civilización fuera el que señalan los inventos destinados a aumentar la facilidad de los transportes y a acercar a los hombres. La guerra misma, negación de toda cultura, es también un elemento civilizador, porque pone a los pueblos en contacto. Es ya un lugar común en los estudios históricos el demostrar el benéfico influjo de las Cruzadas sobre la civilización de Europa, no porque hubieran llenado su objeto, sino porque, poniendo en contacto a los pueblos europeos unos con otros y con los de Oriente, hicieron posible la modificación de la mente humana y el apareamiento del concepto moderno de Estado. Las guerras de la primera República francesa, y las del Imperio, que causaron en Europa la ruina de la vida económica, no sin invertir el significado general de la vida, fueron

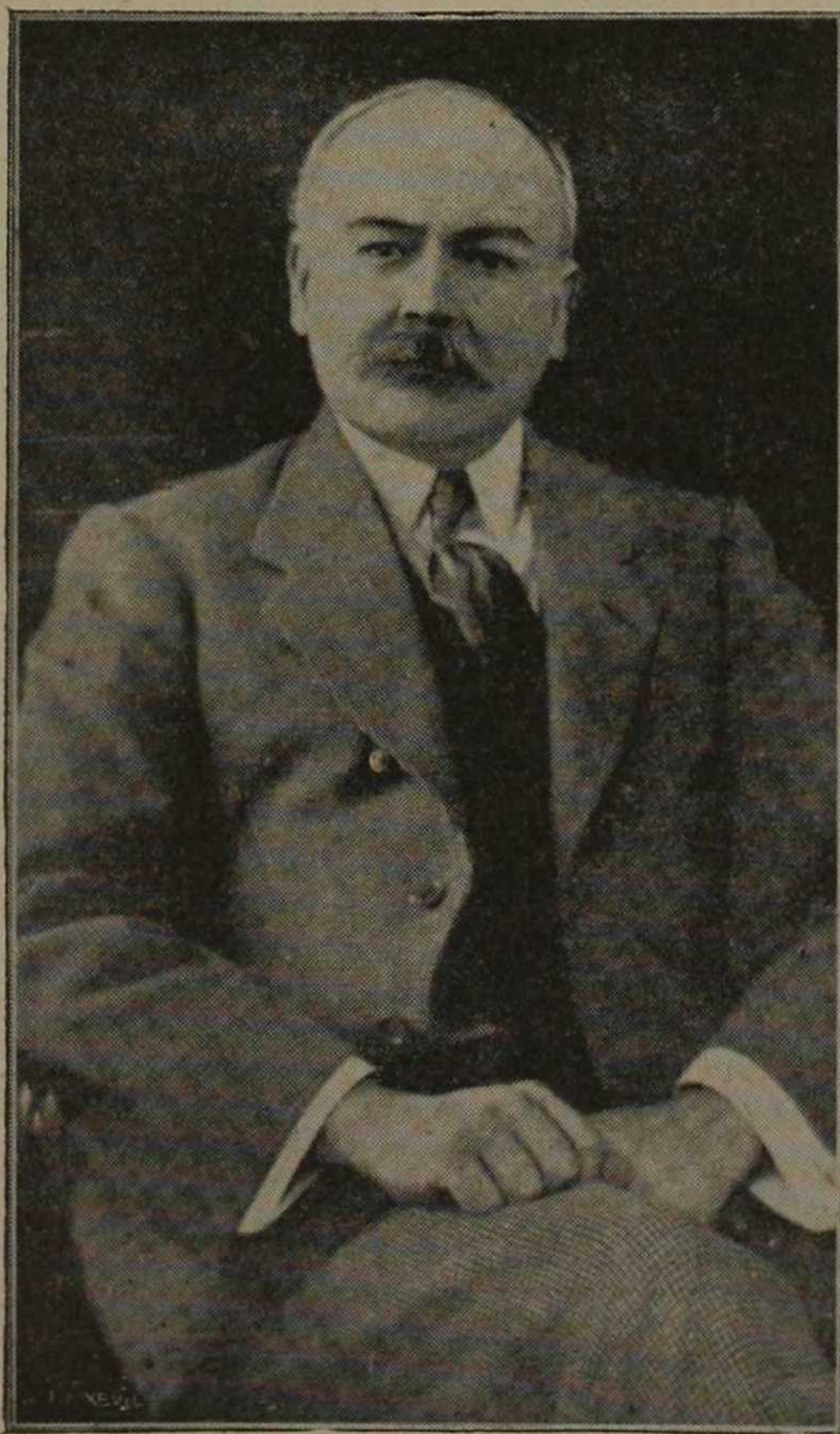
menos deletéreas de lo que parecen, por haber aproximado nuevamente y con mayor intimidad a los pueblos de Europa. La guerra de 1914 no ha hecho sentir su benéfico influjo, porque, para desdicha de los pueblos europeos, esa guerra no ha terminado ni lleva trazas de acabar.

Dos tendencias predominan hoy en el desenvolvimiento de las nacionalidades: el nacionalismo estrecho e in-

transigente y el internacionalismo, que, en el otro extremo, aspira a transformar o a destruir por completo la noción de patria. Las exageraciones del primero de estos movimientos han causado la guerra de 1914 y mantienen en estado de perpetua fluidez las fronteras de los Estados. Amenazan con disolver, de un lado, las grandes nacionalidades históricas, creando, en otro sentido, conglomerados artificiales fundados en el odio de tribu. Ninguna de estas tendencias está llamada a prosperar. Los filósofos y estadistas del siglo XIX creyeron que el porvenir

era de las grandes nacionalidades, y pronosticaron el advenimiento de Estados formidables que se absorberían las pequeñas unidades políticas. La historia contemporánea prueba que mientras más grande es un Estado, es más efímera su existencia. Por otra parte, la Administración se ha complicado a tal punto que la inteligencia del gobernante no alcanza a abarcar todos los detalles de la función gubernativa en un grande Estado. Por esto las naciones pequeñas son hoy las mejor gobernadas, y en ello no influye la forma de gobierno. Uruguay, que es una República, es uno de los países mejor gobernados de América; Dinamarca, una Monarquía antiquísima, es, acaso, la nación mejor administrada de Europa.

En nuestros días existe la tendencia a formar agrupaciones de Estados, sea por medio de tratados, sea por medio del principio federativo, en el cual cada elemento del grupo conserva todos los aspectos originales de su soberanía. A esto recurren las naciones, bien sea para defenderse de verdaderos o supuestos peligros o para acendrar la virtud de sus comunes ideales. En esta última forma es concebible el entendimiento de España con las repúblicas españolas del otro lado del Atlántico. Se conservarán los



Don B. SANÍN CANO